

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 24 DE JUNIO DE 1923

NÚM. 20.092

DIBUJANTES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS



LA TAZA DE TÉ.—DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO, POR M. BUJADOS

Ayuntamiento de Madrid

EN LA MUERTE DE PIERRE LOTI

Mis lecturas de Pierre Loti están ya lejanas. Pero son un recuerdo muy agradable. Para la formación de un estilo personal, Pierre Loti ha sido un gran maestro. Esa es la mayor de sus excelencias. Flaubert había depurado el léxico francés hasta la desnudez nervuda y ágil, como reacción objetivista contra la profusión lírica y declamatoria de los románticos. Por otra parte, los Goncourt se inclinaban de nuevo al preciosismo, por una volubilidad de reacción neoclásica y amor a lo exótico. Daudet había acertado a formarse también un estilo personal, de ironía amable y epitérmica. Anatole France continuaba la tradición *gauloise*, alcanzando la mayor intensidad expresiva con el menor esfuerzo. Claro está que me limito ahora a los novelistas; y omito al personalísimo Julio Renard, aportador del impresionismo en la descripción, porque cronológicamente es posterior a Loti, como factor literario.

¿Cuál fué, en ese coro, la personalidad del novelista que acaba de morir? El magisterio de Loti está en la compenetración de su valor lírico con su virtud descriptiva. Jamás ha tenido mejor aplicación el concepto del paisaje como estado de alma. Pero yo no sabría decir si Loti es un animador del paisaje, o si el paisaje es el fecundador del espíritu de Loti. Me inclino a creer esto último, porque Loti era un alma femenina, con vibratibilidad de sensitiva, una corola abierta al vuelo errante del polen; palmera hembra trasplantada a un jardín europeo, tendida ávidamente a los ardores del siroco.

Desde luego, en sus novelas el factor humano es muy inferior al de la Naturaleza. Los personajes son la excusa del ambiente. El verdadero protagonista es la Naturaleza, virgen divina, profanada por la invasión creciente de los hombres. La herencia de Rousseau y de Saint-Pierre palpita con gran vitalidad en toda la obra de Loti. Acaso hay en ese aspecto una compensación involuntaria entre Pierre Loti y Julián Viaud, el oficial de la Marina francesa. Por su vida material y externa, Julián Viaud tuvo que asistir al período más activo de la vida colonial de Francia; hubo de presenciar episodios violentos de la colonización, esa cínica y despiadada voracidad europea que se disfraza con la piel de oveja de un magisterio civilizador. En esas páginas de Loti está su rescate como ciudadano y como hombre. Empieza su vida literaria protestando contra la barbarie de sus propios hermanos de armas en la toma de Hué. Cuando visita Marruecos sabe poner su corazón al unísono con la grandeza elegiaca de aquella raza moribunda. Entra en Pekín con el ejército europeo que fué a vengar las iras xenófobas de los boxers, y que deshonró el nombre mismo de Europa; penetra con aquella desmandada soldadesca en el recinto prohibido del palacio imperial, presenciando el inefable saqueo; y luego procura redimir con sus lamentaciones aquella paradójica barbarie. Cuando Turquía sufre, en fin, el asalto de la guerra balcánica, Loti restablece ante Europa la verdadera antinomia de aquellos valores en lucha, y levanta una voz quiétesca en favor de Turquía. Aun durante la guerra de su país contra la Sublime Puerta, aliada de los imperios germánicos, Loti no supo odiar a los turcos, que le habían recibido con triunfal gratitud en Constantinopla, y rotulado con su nombre una de las calles de esa ciudad.

Este hombre, cuya vida de viajero in-

cansable estuvo unida a la colonización, indujo de ésta una actitud personal absolutamente contraria a la de Kipling. No aprendió en ella el culto de la fuerza, sino que apeló contra ella a la salvadora compensación de la espiritualidad. Hombre de guerra, puso en la paz contemplativa sus últimas aspiraciones. Muy lejos de exaltar la fortaleza de la estirpe aria, sintió el contagio espiritual de las culturas vencidas; como un peregrino que llega sediento al manantial del oasis, reconoció en el frescor de sus labios el agua prometida a la Samaritana; y percibió el cristianismo en su solar nativo, reintegrándolo en la hermandad oriental. No puedo pasar adelante sin reconstruir aquí la trilogía maravillosa de sus libros más reveladores y puros, *El Desierto*, *Jerusalén* y *Galilea*. El primero, sobre todo, es un prodigio de compenetración entre poeta y paisaje. ¿Quién olvidará la noche pasada con el autor en el monasterio de Sinai, lleno de tesoros, hostigado por la pululación de los beduinos? ¿Quién no sintió el llanto de las cosas al aportar con Loti al salomónico puerto de Ezion-gaber, hoy abandonado y misero, henchido por el recuerdo de las místicas naves de Belkis, la reina de Saba? El *Desierto*, en ese libro, es el fuerte personaje, el protagonista, que se nos evoca con sobrehumana personificación. Jerusalén, al extremo de esas jornadas, es verdaderamente la ciudad prometida. Pero hay en ella dos santuarios que se disputan la adoración profunda del autor: el uno es el Santo Sepulcro, ante el cual entona, como un salmo, la invocación filial: *O Cruz, Ave Spes Unica!* Pero el otro santuario es la mezquita de Omar, alzada sobre el sepulcro de Abraham, término de peregrinación de las otras dos grandes religiones monoteístas. Aunque se resista a confesarlo, Pierre Loti, alma oriental, siente que bajo esa tumba de patriarcal se encuentran las raíces del árbol de tres ramas, el verdadero sentido de Jerusalén como triple ciudad simbólica, en cuyo seno luchan tres mellizos.

Y aquí me asalta el recuerdo de otro escritor, respecto al cual no puede negarse la filiación de Pierre Loti. Me refiero a Ernesto Renán. Las páginas definitivas de Loti en su *Jerusalén* nos recuerdan, inversamente, la *Plegaria sobre la Acrópolis*. Pero jouán diverso el sentido de uno y otro pasaje! Renán, hombre de Iglesia, descubre ante el Partenón su secreta esencia de ario, y siente la espiritualidad religiosa de Atenea como una luz insospechada que se proyecta sobre el mundo. Loti, hombre de guerra, absorbe en la vieja Sión un perfume espiritual que se ocultó a su infancia. No intento comparar, ciertamente, la altura de ambos escritores, porque la desproporción es manifiesta. Pero como adopción de sus descendencias espirituales, esa contraposición es muy útil. Con todo su escepticismo, Renán es un helénico, y desprende ante la vida una innegable impulsión optimista. Pierre Loti es un pesimista, que desespera de la vida tangible y se refugia en su castillo interior, en su torre ebúrnea, en su aristarquía personal. Si la calificación de *dilettante* ha podido jamás ser aplicada a un artista, nadie la merece tanto como él.

Distingamos, pues, en Loti su valor estético de su valor trascendental. Como artífice, ha sido uno de los más altos que haya producido Francia. Salvemos también la nobleza de su actitud negativa ante la rapiña colonial y la sacrilega

violación de las culturas sobrevivientes. Pero a cambio de esas exquisiteces, la lección que desprende es enervante y quietista. Su lectura sugiere la delicia de un fumadero de droga oriental, o el sahumero de un pebetero sagrado. Pero el ánimo sale de ese placer con aplanchamiento y desconsuelo.

Como precedente estético, o por lo menos como alma paralela con la suya, citemos a Ruskin. Toda la obra de Loti es también una apelación a la virginidad de la belleza contra la huella profana de la civilización. Y no puede ser digno ciudadano de nuestros días el que no se haya planteado a sí mismo ese problema angustioso. La civilización sólo tiene derecho a actuar en cuanto tiene conciencia del valor de las cosas que se le oponen. Y la España actual, por más de un concepto, no debería olvidarlo...

El elemento humano, en la producción de Loti, no tiene la intensidad de sus evocaciones naturales. Cuanto más cercanos a la naturaleza se encuentran sus personajes, más recia es la vitalidad con que nos los sugiere Loti. Si los Goncourt pretendieron la primacía en la importación del japonismo, por la divulgación del arte nipón, y si Lafcadio Hearn merece indudablemente su categoría de revelador supremo del alma japonesa, puesto que él mismo llegó a japonizarse, a Pierre Loti (*Madame Chrysanthe-me*) se debe la divulgación pintoresca de ese país que ha sido un factor de nuestra estética contemporánea. Pero ha sido todo el exotismo, como elemento cultural, compensador de nuestro agotamiento, lo que hemos saboreado en Pierre Loti. Así hemos llegado a sentir con él la atracción sexual de la feminidad malaya (*Le Mariage de Loti*, *Mon frère Ives*); una turbación afrodisiaca, como la de Circe sobre Ulises, se ha desprendido para nosotros de aquellas islas del Pacífico, donde las piraguas llenas de mujeres esperan el paso de las naves europeas para ofrecerse como las antiguas sacerdotisas de Astarte.—Hemos vi-

vido la existencia oscura y ambigua de las almas absorbidas por el choque entre los dos mundos de la tragedia colonial, como el Spahi; y hemos llorado con la historia sentimental del *Matelot* que muere en plena travesía de regreso, por los mares del antiguo heroísmo de los descubridores.—Hemos rezado en la *Mezquita verde*, llena de toda la virtualidad coránica vedada a los ojos enturbiados de barbarie europea; y hemos penetrado el sentido simbólico de aquellas mujeres *desencantadas*, cuyo velo arrancó la civilización, y que planean su prestigio desvanecido como vírgenes que dejaron apagar su lámpara... Ellas personifican toda la extensión del mundo que ha sido víctima de nuestra violación, y que se ha vengado privándonos de su propia belleza para que no pudiéramos gozarla...

Menos atractivo hemos hallado en las novelas europeas de Loti. Siempre me ha parecido de una feminidad enfermiza la narración lacrimosa de *Ramuntcho*, de la cual está ausente la verdadera rudeza vasca. En cambio, la fantástica evocación de *Pêcheurs d'Islande* tiene la innegable fuerza de su exotismo prehistórico de Atlántida, algo como la reminiscencia de una saga. Pierre Loti podía sentir en todo su misterio el alma bretona, tan asequible a una contemplación de navegante. Recuerdo, en esa novela, una página llena de escalofrío: aquella barca de pescadores que pasa, a través de la galerna, cruzando sus saludos con otra; y cuando ésta llega al puerto, después de una lucha rudísima, sus tripulantes se enteran de que aquella naufragó muchos días antes de que la vieran cruzar sobre la tempestad... El recuerdo del Barco Fantasma nos acomete. Loti fué también toda su vida un verdadero Holandés Errante, que no encontró nunca la tierra de su definitiva ilusión. Pero ¿no será la vida misma una peregrinación de Navegante Maldito, que no puede jamás entregarse al amor de Senta, y detener el tiempo entre sus brazos?

Gabriel ALOMAR

EL SILENCIO DEL JOVEN

ESTABAN los amigos juntos en el jardín, en la dulzura de la noche de estío, y de pronto, quizá animados por la efusión de ese tiempo estival o por la intimidad discreta de aquellas penumbras, sintieron la necesidad de cambiar confidencias como algo más precioso que rosas o la copa de vino que va de mano en mano.

Y habló primero el más viejo, y evocó su juventud, coronada de flores, y su madurez, llena de mieles, y sus peligros y victorias, hasta descubrir, finalmente, ese sol maravilloso de los cincuenta años, ese sol sereno e inalterable que ya se prolonga como un solo día hasta el sepulcro.

Habló el viejo largo rato, pues su vida era ya larga, y por su boca hablaban mil historias antiguas de amores y aventuras, coronadas al fin por aquel sol polar, y los demás amigos le escuchaban atentos y maravillados de que la historia de tantos días y tantas noches pudiera referirse en sólo parte de una.

Y cuando hubo acabado de hablar, habló el otro amigo menos viejo, y ponderó la gloria de sus treinta años: su buena fortuna con las mujeres, sus mafian coronadas de rosas, sus noches salpicadas de vino. Habló menos que el viejo, pero habló con más exaltación, porque su vida no era todavía historia, sino

sólo un poema, ni lo sería hasta que los cincuenta años le pusiesen su sello de cera. Y los demás amigos le escucharon atentos y maravillados, porque sus relatos no tenían desenlace y dejaban suspense el espíritu.

Y después siguieron hablando los demás y refiriendo cosas que parecían tomadas de los libros, según su diversidad e interés. Hasta que la palabra, como una copa, llegó a los labios del más joven de todos.

Pero éste era tan joven todavía, que no sabía, en verdad, qué decir, porque todo en él eran comienzos y nada tenía un argumento que pudiera ser referido. Y al querer decir algo, no sabía qué decir, y sólo un silencio maravilloso saltó de sus labios...

Pero los demás, como si escuchasen la historia más prodigiosa o el poema más inspirado, escuchaban aquel silencio del joven, y evocaban los silencios de las auroras, y de las primaveras naciendo, y de los amores casi infantiles, y las bucientes evocaciones con que comienzan los poemas. Y estaban atónitos ante aquel silencio como ante un canto de ruiseñor o una vara de lirios puesta y florecida ante los labios del más joven. Y después de ese silencio, ya no quisieron oír nada más aquella noche.

R. CANSINOS-ASENS

EL SECRETO DE LLEGAR

Todos, en la vida, deseamos «llegar»... Para el ambicioso, esta palabra mágica representa la cima, la victoria, el epílogo radiante, el sueño sosegado, la coronita sobre la cruz; dinero, honor, poderío...

Y no se arguya que «llegar», en muchos casos, equivale a inmovilizarse; que triunfar, poseer, concluir, presupone tristeza; que lo conseguido es el amargo poso oculto en la copa de lo anhelado...

Concédase: llegar es sabroso. Pero la vida tiene dispuestas de tal modo divertido las cosas, que el éxito del hombre no estriba siempre en «llegar», a secas, sino en algo menos solemne, menos ambicioso y de todos los días: en llegar a tiempo. No hay que ser genial, ni cínico, ni atrevido, ni taimado; basta con resultar oportuno. Hay que ser eso: oportuno, y no «rondar un año».

Las mujeres tienen su «cuarto de hora»; pero los hombres tenemos todos los días cinco minutos, por lo menos, de indulgencia o de malignidad, que, directa o indirectamente, influyen de modo radical en nuestro destino. Parece que todo «está escrito» o dictado, y que la fortuna, chica o grande, circunstancial o persistente, depende muy a menudo de una simple coincidencia de humores entre el que pide y el que otorga, entre el influente y el desvalido.

Todo es cuestión, no de valor ni paciencia, sino de este formidable, misterioso e infalible que llamamos «don de oportunidad»...

La «ocasión», entremetida siempre, actúa con endiablada ceguera. ¿Cuántas veces no fracasa nuestra perspicacia, nuestro buen sentido, nuestra amoralidad? Hermanos españoles, riámonos de las recomendaciones para los ministros: la mejor, la eficaz de veras, la suministra el azar, complicado sin previo acuerdo con el hígado o el estómago del pudiente. Se llega o no se llega a tiempo. En el primer caso, ¡Dios mío!, se es inoportuno, impertinente, extemporáneo... y se fracasa. En el segundo, se revela «golpe de vista», viveza, y el azar se nos muestra fácil y sobornable.

Por llegar a tiempo hay reformas políticas fecundas, y mediocridades literarias que parecen maravillas. En esta vida de contrasentidos y paradojas, tanto vale, para llegar a tiempo, retrasarse como adelantarse. Algunas veces el hombre aprovecha en cierto modo la tercería de la ocasión, y entonces Don Juan rinde a la doncella, y entonces no son imprescindibles el sofá ni las décimas.

Azares, y no conjuras, hacen a muchos pobres diablos presidentes de Consejo en nuestras Españas morunas, sometidas a la historia de la Casualidad. ¡Cuánta adorable belleza sería de nosotros si acertásemos a pasar bajo el balcón adonde se acaban, cobardes, una tarde de murria o de nostalgia! ¡Cuántas mercedes alcanzaríamos si cono-

ciéramos de antemano ese minuto en que el poderoso, por excepción, conoce y estima y se halla propicio a prodigar la hermosura y transcendencia de su poder! Pero tenemos la desgracia de llamar a su puerta en un momento de segregación biliar, y el criado nos dice que su señor ha salido—eufemismo desacreditado, que se incrusta, con firmeza de timón, en nuestras desventuras o estrecheces—. Porque al siguiente día, cuando el mal humor del poderoso se haya disipado o conver-

tido en óptimo, nosotros, enojados a nuestra vez, hijos de nuestra fisiología vekidosa, habremos decidido no visitar más, no humillarnos más visitando al que iba a conceder o a conseguir para nosotros. Y el curioso ciclo se habrá cerrado, hasta que la necesidad lo abra de nuevo; y el cuento de la buena pipa del querer llegar y no saber llegar a su hora, continuará por los siglos de los siglos. Amén.

E. RAMIREZ ANGEL

EL DOLOR DE LEOPARDI

Como Cyrano de Bergerac — el héroe que Rostand troqueló en versos magníficos —, Leopardi, el artista italiano del dolor, fué deformado, triste, poeta y enamorado. Por su vida el amor pasó como una sombra y la juventud no es mas que una bella palabra. Ni vive el amor ni vive la juventud. Cree amar, cree ser joven... En realidad, ni lo uno

ni lo otro... Eran tan sólo quimeras de su imaginación enferma, de su alma soñadora y doliente...

Fué Leopardi de una extraordinaria precocidad. A los doce años el desarrollo de su cerebro era ya portentoso; pero la carne y el corazón dormían... Dormieron hasta que más tarde reclamaron su imperio y se levantaron en rebelión, una rebelión mansa, íntima y dolorosa, que llevó al espíritu de Leopardi la negra floración de todos los pesimismo, de todas las tristezas, de todas las negaciones... Y esta tristeza de su juventud sin juventud y de su amor sin amor, impregna toda su obra, todos sus libros de ciencia y de filosofía, y todos sus versos de angustia y desesperanza...

Leopardi es un artista del dolor. Hay dolor en su vida y hay dolor en sus versos.

Leopardi amó también el dolor y llevó este amor hasta la muerte... Su amor a la muerte era una continua exaltación sentimental... Pero ¿podía existir para Leopardi el derecho a amar la muerte cuando apenas amó la vida? Solamente el que amó mucho la vida tiene derecho también a amar mucho la muerte...

Leopardi amó la muerte sin haber vivido. Cantó el amor y murió tan puro de cuerpo como de alma, sin que un nombre de mujer quedase enlazado eternamente a su nombre de poeta.

Teresa, María, Fanny, las mujeres que amó Leopardi, pasan por la vida del poeta como una suave y melancólica teoría de amor. Le miran compasivamente, algunas le llegan a estimar, le cobran afecto; pero ninguna le ama. En las pupilas de alguna de ellas cree ver el artista un reflejo de correspondencia. Entonces el corazón del poeta canta el amor como supremo consuelo del infierno de vivir... Pero *aquello* no existe. Pronto torna el poeta a su honda melancolía, a su abandono sentimental; porque una vez más el desengaño ha batido sobre él sus negras alas de maleficio...

La vida es oración y es blasfemia, es elegía y es madrigal, es lágrima y es sonrisa... Hay que vivirla y amarla en todos sus momentos y en todos sus matices. La vida se completa y armoniza con la muerte; son un mismo misterio, una misma belleza, un mismo cáliz de amor y de dolor... No es posible la una sin la otra... Y Leopardi sólo amó la muerte; no vivió ni amó la vida en toda su varia, intensa y magnífica complejidad. Por ello pierde, se borra, se empequeñece su exaltado amor a la muerte, ya que este derecho de amar la muerte supone antes el deber de amar la vida...

José MONTERO ALONSO



M. Yus. — Recuerdos de Aragón. Al alba en el día de San Juan.

EN LA NOCHE DORADA

Manchando las hojas nuevas,
en las verdes higueras de San Juan
penden, lustrosas, las brevas,
«negras como el cordobán».

Tiene en el aire un violento
olor a clavo el clavel;
hay largos «ataruxos» en el viento
que riza las nogueras color miel.

La luna, copa de plata,
parece que en su ascensión,
con diástoles pausadas, se dilata
como un cansado y viejo corazón...

Sobre las asnas romeras
los temblorosos jorobados van
hacia las verdes mimbreras
que en milagro esta noche se abrirán...

Los tréboles se iluminan,
frente a la hoguera al surgir,
mientras los viejos árboles se inclinan
con un ansia infinita de morir...

Así los viejos llorando
bajo los cielos están,
mientras los dulces niños van buscando
ese «trébol» que nunca encontrarán...

Novia de la serranía,
¿adónde fuese el color
de tu lozano rostro, que tenía
sabor de jara y de tomillo olor?...

¡Acusan la vejez, bajo tu falda,
la cansada torpeza de tus pies
y el ébano tostado de tu espalda,
curvada bajo el peso de la mies!...

Brilla el claro zafir de las riberas,
De las rojas hogueras,
en las cenizas postreras
tu juventud y mis recuerdos van...

(¡Tú, corazón, aún esperas,
bajo las verdes higueras,
en la dorada noche de San Juan!)

Pedro IGLESIAS CABALLERO

EL HOMBRE INGRATO Y LOS ANIMALES AGRADECIDOS

Cuento para niños por el gato con botas

HABÍA una vez un hombre que se llamaba Arcadio, y era muy bueno; su mujer, Benigna, y su hijo, Buenaventurín, eran tan buenos como él.

Esta familia vivía en un pueblo cuyos habitantes eran a cuál peor.

Un día se presentó en el pueblo un anciano de luengas barbas, que fué llamando a todas las casas y solicitando hospitalidad; pero todos le dieron con la puerta en las narices.

Cuando el anciano llamó a la puerta de Arcadio, éste, compadecido por su aspecto miserable y lleno de respeto por sus años, le acogió con cariño, le hizo sentar en el mejor sitio de su pobre estancia y su mujer le sirvió de comer.

Después de descansar y reponer sus fuerzas, el anciano dijo:

—En recompensa por la buena acogida que me habéis hecho, os voy a revelar un secreto. Dentro de poco tiempo el caballo de bronce de la plaza llorará lágrimas de sangre. Este fenómeno será el anuncio de una gran catástrofe, pues caerán tales lluvias, que el río se desbordará, inundando el pueblo, y todos sus habitantes perecerán ahogados. Os doy este aviso a fin de que podáis tomar vuestras medidas para salvaros de la inundación; pero os prohibo digáis absolutamente nada a vuestros vecinos, cuya desaparición será un bien para el mundo.

Arcadio quiso darle las gracias; pero en aquel momento, y sin que se supiera cómo, el anciano desapareció.

El buen hombre empezó a construir un barco, y, desde aquel día, todas las mañanas su mujer iba a la plaza a ver si el fenómeno de las lágrimas de sangre aparecía en los ojos del caballo de bronce.

Estos paseos cotidianos acabaron por intrigar a cierto carnicero que vivía en la misma plaza, el cual preguntó a Benigna lo que significaban.

Ella se lo dijo todo, porque la buena mujer tenía un corazón de oro, y, a pesar de la prohibición del anciano misterioso, quiso evitar que la catástrofe cogiese desprevenidos a sus paisanos.

¡Pero buenos eran ellos para hacer caso de ningún aviso prudente! Lo único que se le ocurrió al carnicero fué, primero, reírse y burlarse de la pobre mujer; luego, referir la historia a todos los del pueblo, que se rieron tanto como él, y, por último, gastar a Benigna una broma: con la sangre de un cerdo embadurnó el hocico del caballo, y cuando al día siguiente Benigna lo vió se fué corriendo a avisar a su marido que el fenómeno temido era ya un hecho.

En seguida toda la familia se refugió, con viveres y ropas, en el barco preparado por Arcadio, que se alejó rápidamente por el río.

Y he aquí que a las pocas horas el cielo se nubló, y la lluvia empezó a caer a cántaros, y tanto y tanto tiempo duró el diluvio, que el río se desbordó, inundando el pueblo, sus casas y sus habitantes.

Entretanto, el barco de Arcadio se alejaba, mansamente empujado por la corriente. De pronto, Buenaventurín vió a un perro negro arrastrado por las aguas; el chiquillo se apresuró a tender al animal un palo, y tirando con todas sus fuerzas, salvó al perro negro, que, loco de contento, agitaba la cola y lamía las manos de su salvador.

Al poco rato oyeron piar desgarradamente: una gorriona revoloteaba, desesperada, en torno a una rama de árbol medio sumergida en el río y arrastrada por la corriente; sobre la rama, en un nido, unos gorrioncitos demasiado chiquitines todavía para volar, fijaban con angustia sus ojillos redondos en la atribulada mamá.

Benigna sintió conmoverse su corazón maternal. Alargó la mano y cogió el nido, guardándole en el seno para calentar a los gorrioncitos, calados por la lluvia, que tiritaban de frío.

Ya empezaba a escampar, cuando Arcadio vió un muchacho a punto de ahogarse y que luchaba en vano contra la corriente. Se arrojó al agua y, a riesgo de su propia vida, logró salvar al des-

na, paseando por su jardín, inclinándose para beber agua en una fuente de mármol y dejando caer en el pilón una sortija de esmeraldas.

Al amanecer, despertó a Arcadio la voz de un heraldo que pregonaba por las calles del pueblo: «Su majestad el rey hace saber que a su majestad la reina se le ha extraviado una sortija, que era un recuerdo de familia. Se concederá magnífica recompensa a quien la encontrara.»

Arcadio comprendió entonces el significado de su sueño; reunió a toda su familia, se lo refirió todo y dijo:

—Es ésta una ocasión única de conseguir para Buenaventurín un porvenir espléndido; no tiene más que ir a la capital, buscar la joya en la fuente de

desesperaban por no tener noticias de su amado hijo adoptivo: «Sin duda, le ha sucedido algo grave», exclamaban llorando.

Entonces Buenaventurín tomó una resolución:

—Quiero partir a mi vez—declaró—. Vivo o muerto he de hallar a mi hermano; le salvaré si está en peligro, o le vengaré si hay lugar a ello.

Partió, y como era tan prudente y valeroso como bueno, se libró de todos los peligros del viaje, a pesar de su corta edad.

Pero ¿cuál no sería su asombro al llegar a la capital y enterarse de que Pancracio, duque y rico, vivía con todo lujo en un palacio deslumbrante? Fué a verle, y el malvado se negó a recibirle; le esperó en la calle, y el otro, sin descender siquiera de su carroza, ordenó a sus servidores se apoderasen de aquel miserable loco, que se decía hermano suyo, le encerrasen en un calabozo y le dejasen morir de hambre.

Y, en efecto, de hambre y de pena se habría muerto el pobre Buenaventurín en su prisión si, en otros tiempos, su familia hubiera salvado sólo a un hombre; afortunadamente, entre sus protegidos también había animales, y éstos, por lo menos, supieron tener gratitud.

El perro negro había seguido las huellas de su amo; le encontró y le llevó por la ventanuca de su calabozo un hermoso pollo asado; otro día le llevó un capón; otro, un pastel de liebre, y, cuando menos, una buena chuleta empanada. Ciertamente estas viandas él no las había comprado; pero como las robaba en las cocinas del infame duque Pancracio, ¿no os parece que se pueden dar estos hurtos por muy bien empleados?

Y un día, Negrote—así se llamaba el perro—no fué solo a visitar al cautivo; le acompañaba un pajarito, que no era sino la mamá gorriona.

Al verla, Buenaventurín tuvo una idea admirable: escribió una carta relatando su aventura y se la ató al pico, diciéndole:

—Lleva esto a mi madre y salva así a su hijo, ya que ella salvó a los tuyos.

La gorrioncita lo comprendió perfectamente, y cumplió el encargo.

Lo demás, estoy seguro de que lo habéis adivinado ya. Al recibir la carta, Arcadio fué a su vez a la capital y relató al rey, de pe a pa, la horrible felonía de su hijo adoptivo.

El rey, lleno de indignación y tan implacable como justo, ordenó que arrojasen al agua a aquel miserable, que nunca del agua debió haber salido.

Buenaventurín y sus padres entraron en posesión del palacio, del título y de la fortuna que les correspondían. Vivieron largos años, dichosos y buenos, sin que la fortuna y los honores les hicieran ser menos sencillos ni olvidar a los animales, que tan admirable ejemplo de fidelidad y gratitud habían dado.

Desde aquel día al perro Negrote se le sirvieron pechugas de gallina con la misma abundancia con que a otros canes se les dan huesos descarnados, y a la mamá gorriona y a sus gorrioncitos se les alimentó exclusivamente con terrones de azúcar, mermelada de lechuga y calderones en almíbar.



graciado, que era un tal Pancracio, hijo precisamente del carnicero de la plaza.

Al otro día la lluvia cesó y las aguas se retiraron del pueblo, donde no quedaba bicho viviente ni más casa en pie que la de Arcadio, la única milagrosamente salvada de la inundación. Toda la familia volvió a instalarse en ella, así como el perro negro y mamá gorriona con sus pequeñuelos, que no quisieron separarse de sus salvadores.

En cuanto a Pancracio, se hallaba solo en el mundo, sin un techo para cobijarse. Entonces, Arcadio le dijo:

—Permanecerás con nosotros y serás para mí y mi mujer un segundo hijo; para Buenaventurín, un hermano mayor. Somos muy pobres; pero, ¡bah!, donde hay para tres también habrá para cuatro.

Pasaron algunos años, y el pueblo se iba poblando de nuevo con gentes llegadas de los alrededores; una noche Arcadio tuvo un sueño singular: vió a la rei-

mármol y entregarla a los soberanos.

Entonces Pancracio habló a su vez:

—Amado padre y bienhechor—dijo—: Esta es, sobre todo, una ocasión de que yo manifieste el agradecimiento profundo que tengo a ustedes. El viaje para ir a la capital es largo y está lleno de peligros; dejadme ir a mí en lugar de mi hermanito, yo buscaré y entregaré la sortija y mi que decir tiene que esto lo haré en vuestro nombre.

Llorando de alegría ante esta prueba de gratitud Arcadio, Benigna y Buenaventurín, le dejaron marchar.

Pero, ¡ay!, no había tal gratitud ni tal abnegación: Pancracio era un redomado hipócrita. Lo que hizo fué buscar y entregar la joya sin mentar siquiera a su familia adoptiva. Y cuando el soberano le regaló el título de duque, un palacio y una cuantiosa fortuna, él se quedó con todo y se dispuso a disfrutar magníficamente de la vida por su propia cuenta.

Pasó un año, y Arcadio y su mujer se

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZA.

«FIGULINA»

NOVELA CORTA ORIGINAL DE AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

A PURÁBAMOS las humeantes tazas de café después de la copiosa y succulenta cena. Un aura de optimismo parecía envolvernos, cual si el humo de los habanos que servían de epílogo al yantar fuese un nimbo de bienandanza. Este fenómeno es harto frecuente después de haber comido y bebido a plena satisfacción: por algo dijo un pensador célebre que no hay nada tan semejante a una conciencia tranquila como un estómago satisfecho.

Jorge Viñals y yo, amigos inseparables en la mocedad lejana, volvíamos a vernos después de separación prolongadísima. Algo más de veinte años transcurrieron desde que él se expatrió, en busca de horizontes amplios que su inquietud andariega presentía. Dotado de clarísimo talento, no lograba terminar una carrera. Empezó varias; pero al segundo o tercer curso las interrumpía, alegando que «no era aquella su vocación». En realidad, porque durante el curso prefería las diversiones a los libros, y al llegar los exámenes jamás se hallaba con fuerzas para salir airoso de la prueba.

Era hijo único, y su madre, viuda, carecía de la entereza necesaria para encauzarle. Siendo bueno y listo, proporcionó a la buena señora tantas desazones como si fuese un malvado, incapaz de nada provechoso. Todos los amigos fuimos situándonos del mejor modo posible para iniciar la lucha por la vida. Sólo él permanecía en aquella actitud extraña, como eterno estudiante, sin advertir que la adolescencia estaba ya demasiado lejos, que la juventud se extinguía, cediendo el paso a una virilidad que amenazaba desarrollarse estérilmente. Un tanto distanciados ya, porque su vida disipada no era compatible con mis tareas, si alguna vez nos encontrábamos en la calle sosteníamos el mismo diálogo:

—¿Qué te haces ahora?

—Lo de siempre: divertirme cuanto puedo.

—¿Pero hombre!

—Ya sabes lo que dijo el clásico: *ars longa, vita brevis*. Es una tontería matarse a trabajar los cuatro días que hemos de vivir.

—Y tu madre, ¿qué dice?

—¡Pobrecilla! Eso es lo que me apena. No dice nada. O mejor, dice lo que yo quiero. La tengo sugestionada. Ahora cree que me estoy preparando para entrar en el Banco. Y claro está que entro: a cobrar el cupón todos los trimestres.

—Eso es lo que te pierde: saber que tienes el porvenir asegurado.

—¡Naturalmente! Sería un cargo de conciencia, quitarle el modo de vivir a otro que lo necesite más que yo...

Murió la buena señora, y apenas transcurrido el novenario Jorge emprendió un viaje, del que regresaba ahora, después de cuatro lustros. Al principio me enviaba postales desde Italia, desde Suiza, desde Austria... Luego dejó de recibir noticias suyas. El tráfigo implacable del vivir cotidiano—a muertos y a vivos...—casi me había hecho olvidarme de él, cuando me sorprendió gratamente su retorno, en albricias del cual nos reunimos en ágape afectuoso.

Mientras comíamos me refirió su odisea a grandes rasgos. Después de recorrer medio mundo, se había detenido en Alemania. Los ojos de una bella berlinesa le retuvieron allí, y el amor de Wanda cambió el rumbo de su existen-

cia. Impúsole ella como condición, para corresponderle, que ostentara un título profesional adecuado a su clase, y en breve lapso se hizo ingeniero. Dábale para conseguirlo facilidades insospechadas el sistema de estudios alemán, totalmente distinto del nuestro. Su cultura general ofrecía sólida base. La rapidez asimilativa, propia de los meridionales, puso el resto.

—Si en España se enseñase como en Alemania—aseguraba Jorge—, nuestros centros docentes serían un plantel de lumbreras. ¡Con la viveza de imaginación de los estudiantes latinos!... Porque somos mucho más listos que ellos. no te quepa duda.

Instalóse en Berlín y comenzó a tra-

ma hablaba a maravilla. Elevó un himno en loor de los adelantos de Madrid, que casi inadvertidos pasan para los que vemos, con la indiferencia del cotidianismo, el progreso incesante de la gran urbe. Finalmente, pasamos revista a los amigos y conocidos de antaño: unos, casados; otros, muertos; algunos, ausentes...

—¿Y Figulina? ¿Qué fué de Figulina? Tú estuviste enamorado de ella.

—Como tú. Como todos los que la conocieron y trataron. Era mucho encanto el suyo. ¡Aurea Santibáñez! ¡Figulina! Un poema de amor se encierra en su nombre... y en el cognomen con que era designada por todos. Esbelta, lindísima, con su cabellera de oro y sus movimien-

fecha y orgullosa. Y, sin embargo, ¡pobre Figulina!

Jorge comenzaba a impacientarse.

—Bueno, tú, ¿quieres aclararme ese enigma, jeroglífico o lo que sea?

—Con mucho gusto. Para ello es necesario relatar extensamente la vida de Aurea. ¿Lo prefieres a ir al teatro como habíamos dispuesto?

—¿Qué duda cabe!

—Pues escucha.

—Venga de ahí.

—Cuando abandonaste España, hace veintitantos años, estaba Figulina en todo su esplendor. Ninguna mujer pudo ufanarse de ser tan incensada como ella. Harto sabíalo, y era preciso todo el poder de sugestión que de su belleza irradiaba para no hacerse odiosa por culpa de su endiosamiento, al que todos contribuíamos, y yo más que nadie, porque me hago la ilusión de haberla querido como ninguno de los que formábamos su corte de amor. Mil veces, en horas de desencanto, juré aborrecerla, huir de su lado, arrancar de mi memoria su recuerdo. Pero no era posible. Bastaba una mirada suya, una sonrisa, una fresa, para volver a su lado, sumiso como un can. No desconocía ella la raigambre de mis sentimientos, y así hubo de manifestármelo cierto día—día memorable para mí—en que me habló con encantadora franqueza.

Fué en un baile, durante una de mis épocas de mayor resentimiento. No la saludé, no quise valsar con ella—eran los tiempos del boston a todo trapo—, ni siquiera la miré en toda la noche. Estaba satisfecho de mí mismo. ¿Qué se habría creído la muy tonta? Ya se convenía de que me era indiferente. Me creía dispuesto a demostrárselo, aunque fuese con una grosería. ¡Necio de mí! Al salir del comedor, ya de madrugada, se me colgó del brazo.

—Veo que estás enfadado, Mauricio—exclamó con la más seductora de sus sonrisas—, y quiero desagraviarte.

No recuerdo qué respondí; probablemente una majadería.

—Si; estás enfadado conmigo, y lo más triste es que tienes razón.

—Cuando tú misma lo reconoces...

—Lo reconozco porque soy justiciera, porque esa frivolidad que todos me atribuis no es mas que aparente. Conozco a todos los que me rodean y sé de sobra lo que cada uno vale y merece. Soy Figulina por fuera nada más; pero en mi cabeza hay un cerebro...

—¡En cambio, en tu pecho no hay un corazón!

—Estás equivocado. Lo hay... Aunque tal vez sus latidos no influyan demasiado en mi vida... De todos cuantos me rodean, acaso seas tú el que más me quiere...

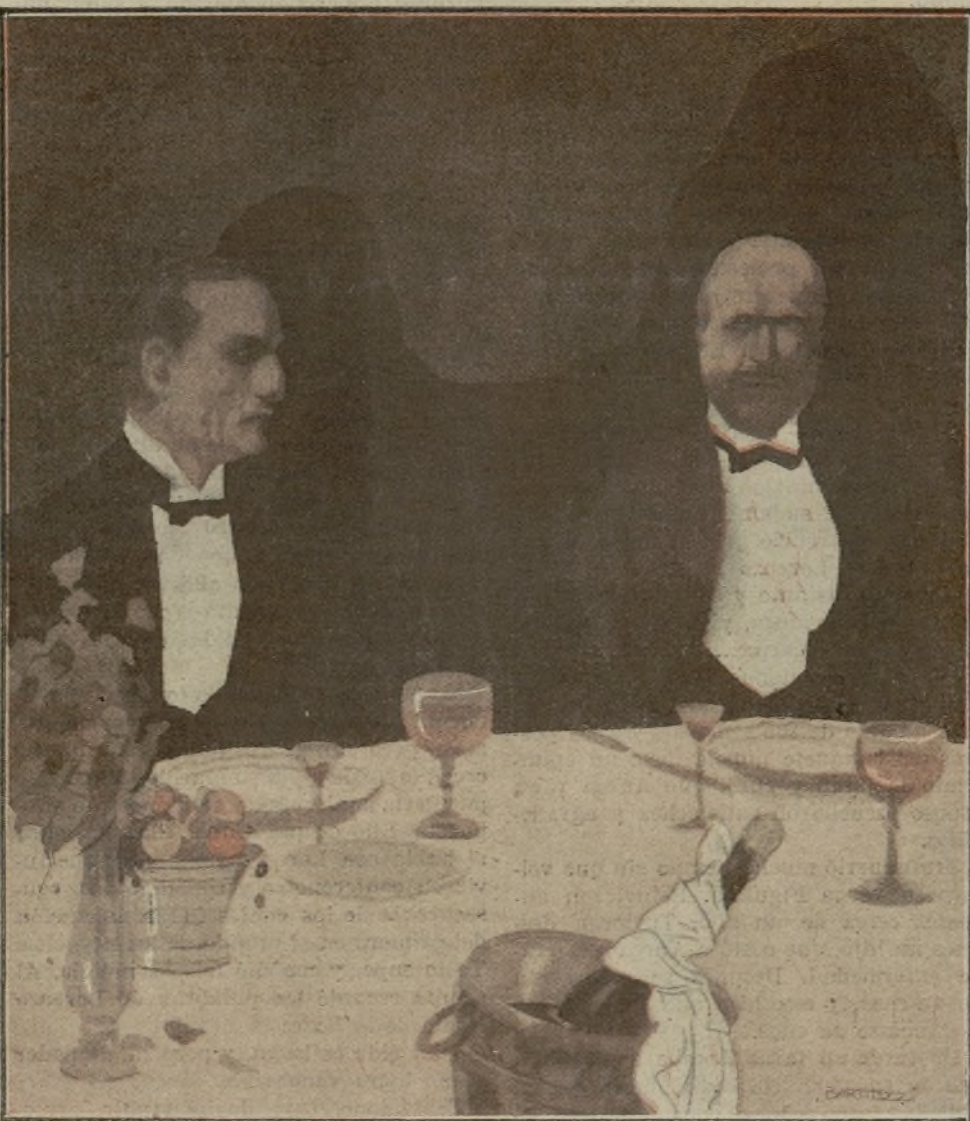
—¡Sí!—exclamé con vehemencia, dando al traste con mis propósitos desdeñosos.

—Y, esto no obstante, me veo en la imposibilidad de corresponderte.

—Pero ¿por qué?—gemí, angustiado.

—Te voy a hablar como no lo haría con nadie. No ya como a un amigo: como a un hermano. Esto te demostrará la estimación en que te tengo y lo mucho que significas para mí.

Estábamos en un gabinete apartado, en el que sólo había dos viejos jugando al ajedrez, y hasta donde llegaban, amortiguadas por la distancia, las me-



bajar con fruto. Luego, la guerra europea contribuyó notablemente a consolidar su prestigio. Faltaban hombres para todo, en aquella vorágine que consumía millones de seres, sacrificados incesantemente en aras de un Molloch absurdo, y los que iban quedando sentían crecer la demanda de sus actividades. Jorge aprovechó la racha propicia y supo hacerse rico.

—En cuanto se establezca el marco y pueda realizar mis bienes vendré a España, buscando la última postura, la definitiva, la que hemos de adoptar en espera de la Implacable.

Pero, mientras tanto, en un raptó de impaciencia, emprendí esta excursión, a modo de avanzada, para rejuvenecerme recordando tiempos pretéritos.

Habíamos agotado los temas propios del caso. Me habló de sus hijos—tenía seis: en Alemania no hay más remedio que ser prolífico—, de su mujer, ávida de visitar la patria de Jorge, cuyo idio-

tos de insuperable gentileza, parecía, en efecto, una tanagra.

—Pero, en resumen, ¿qué fué de ella?

—¡Pobre Figulina!

—¿Murió?

—Nada de eso. Morir no tiene importancia para el que ha triunfado, como Aurea triunfó con su hermosura. Sólo se muere una vez, y si ello sucede en plena apoteosis, es la más digna coronación de una existencia.

—¿Es desgraciada entonces?

—Lo ha sido. Ya no lo es. Lejos de ello, se encuentra ahora en momentos de suprema felicidad. No se cambiaría, de seguro, su alegría de hoy por el júbilo que hubieron de proporcionarle sus éxitos de antaño, cuando era la reina indiscutible de los salones madrileños, cuando su paso por las calles dejaba una estela de admiración en los hombres y de envidia disimulada en las mujeres. ¡Qué orgullosa, qué satisfecha estaba entonces! Pues hoy está mucho más satis-

lodos del sexteto que tocaba en el salón.

—Voy a hacer contigo confesión general—dijo Aurea—. Te hablaré como si hablase conmigo misma. Reconocerás que esto no se puede hacer con cualquiera.

—Es verdad.

—Dentro de poco voy a cumplir veintitrés años. Edad de reflexión, de madurez espiritual, el primer aldabonazo serio de la vida. Todo hasta aquí me ha sonreído: he disfrutado las mayores satisfacciones de amor propio que pueden halagar a una mujer. Pero la vida no es esto, ni puede serlo, y es necesario evolucionar a tiempo, mirando al porvenir. En una palabra, se impone la precisión de pensar en el matrimonio.

—Nada más justo.

—Y éste es el problema que ante mí se presenta y que necesito resolver en breve plazo. Tres son los pretendientes entre los que he de elegir, descartando la turba de adoradores que no han fijado mi atención ni un momento. Tú, el que más me quiere; Lorenzo Noguerras, el que más me gusta; Rafael Illana, el que más me conviene.

—Pero tú, ¿a cuál prefieres? ¿Quién ha despertado tu cariño?

—Plenamente, ninguno. Ya comprenderás que si fuese de otro modo, ni habría duda posible, ni yo pediría parecer a nadie. Cuando hay amor no se razona. Pero esto es lo malo, que como no lo hay puedo reflexionar, y tengo que elegir, exponiéndome a quedarme con lo peor.

—Si fuera yo el elegido...

—Si lo fueses tú estoy segura de llevarme un perfecto caballero, un hombre honorable, que se esforzará en hacerme dichosa... Pero, querido Mauricio, yo soy una mujer muy mal acostumbrada: necesito un caudal para vivir; si fuese rica, no me preocuparía esto gran cosa: gastando de lo mío, en paz. Por desgracia, no es así. Mis padres, cuya posición distaba mucho de ser brillante, lo han sacrificado todo para verme lucir y brillar, recreándose en mis triunfos, pensando acaso que éste era el mejor medio para casarme bien, para verme dichosa. Tal vez sea un punto de vista equivocado; pero yo no he de censurarlo, ni siquiera discutirlo. Son mis padres y está bien cuanto hayan hecho. Lo indudable es que tengo necesidades de millonaria. ¿Estás tú en condiciones de satisfacerlas si me caso contigo?

—Desgraciadamente, no. Pero el porvenir es amplio: trabajaré con mayor ahínco sabiendo que has de ser el premio de mis afanes...

—Todo eso es muy bonito, pero poco práctico. Requiere tiempo, probablemente mucho tiempo, y yo necesito resolver cuanto antes.

—¿Por qué tanta prisa?

—Confidencialmente te lo digo. Mis padres han agotado sus medios en esta vida de ostentación que llevamos por exhibirme. Lo he sabido ayer. No puedo, como comprendes, desperdiciar ni un instante. Descartada tu candidatura, pasamos a las otras dos. Lorenzo Noguerras...

—¡Valiente proporción! Un fatuo, un pedantucho, un maniquí viviente.

—De acuerdo en absoluto. Lo has tratado a maravilla en dos palabras. Si Lorenzo Noguerras no tuviese el cráneo vacío no habría discusión, porque sería mi preferido. Es un hombre arrogante. No lo hay mejor plantado. Nadie lleva el frac como él, ni tiene su gallardía. Pero, hijo mío, la cabeza está hueca.

—Peor aún: rellena de serrín.

—Estamos conformes. La vida junto a un maniquí, como tú has dicho, debe de ser odiosa, no bien transeúrra la luna de miel. Para colmo, tampoco es rico. A los tres meses de matrimonio me moriría por hartazgo de belleza. ¡No, por

Dios! Descartado también Lorenzo Noguerras. Queda, por último, Rafael Illana.

—El último, es decir, el elegido... ¿Qué es lo que pudo seducirte en él? Es un tipo vulgar, adocenado; ni siquiera sabe vestirse... Su conversación no es tampoco un prodigio de espiritualidad...

—Todo eso es exacto. Pero, hijo mío, Rafael Illana es muy rico.

—¿Tanto como para merecerte?

—Es millonario. Lo sé de cierto. Una herencia colosal de un pariente que se enriqueció allende los mares, probablemente vendiendo tasajo en cualquier chiscon inmundo de la Habana o de México. No importa. El dinero, que no es nada, es la base para todo. Yo puliré a Rafael Illana hasta dejarlo presentable. Por lo demás, es uno de tantos: ni guapo ni feo, ni tonto ni listo... Del montón. Pero eso es lo de menos. Ya le enseñaré a vestirse, a vivir en sociedad, a gastar sus millones... ¡Oh! En esto seré maestra insuperable. Darán que hablar mis coches, mis alhajas, mis fiestas...

—De modo que, decididamente...

—Decididamente. Seré la señora de Illana.



—¿Y se casó?

—¡Se casó! Rafael, que realmente estaba enamorado de ella—cómo no estarlo!—, hizo locuras para que la ceremonia nupcial revistiese inusitado lujo. Yo no quise asistir, aunque me invitaron. Me parecía aquello una venta inicua, y, pese a todas sus protestas afectuosas, no pude menos de sentir justificado resquemor contra la que, calculadora, me postergó tan fríamente. El transcurso del tiempo se ha encargado de borrar mis rencores.

El que asistió a la boda fué Lorenzo Noguerras, hecho un dandy, con estupefa indumentaria, sonriendo como un bobalicón. Un su amigo, que lo era mío también, me refirió que, al terminar las bendiciones, Lorenzo Noguerras dejó de sonreír un instante y dijo entre dientes:

—La vida es larga, y poco he de poder si no logro vengarme...

Pero, desmintiendo tales propósitos, felicitó efusivamente a los novios con la más amable de sus sonrisas, y a los postes del banquete nupcial leyó un epitafio melifluido y cursi que Aurea y su esposo escucharon satisfechos y agradecidos.

Transeúrró mucho tiempo sin que volviese a ver a Figulina. Estuvieron ausentes cerca de un año. Tuvieron después un hijo, que costó a Aurea una grave enfermedad. Después se recluyeron en su casa, y esto hizo que aún más me distanciase de ellos.

De tarde en tarde llegaba a mí algún eco de su vida. No hubo, desde luego, aquellas ostentaciones con que Aurea soñaba. Tenían coche, vivían en piso lujoso; pero todo ello distaba mucho del boato que hizo a Figulina claudicar. Nada de fiestas suntuosas, nada de joyas deslumbrantes. La posición de Rafael Illana—de dinero y santidad...—resultó menos brillante de lo que pregonaba la fama. Era aquél uno de tantos matrimonios que viven bien, sin asombrar a nadie. Si ella era feliz, después de todo, podía estar satisfecha.

Y lo estaba, según me repetían cuantos frecuentaban su trato. No por el marido ni por su relativa riqueza, sino por el hijo que Dios le dió, y en el cual concentráronse sus amores, dando al traste con la frivolidad que parecía ser norma de su carácter. Le quiso con amor ferviente, con más fuerza y entusiasmo que otra madre cualquiera, por lo mismo que hasta entonces no había querido a nadie. Por él olvidó sus afanes de ostentación... y por él comenzó a sentir más tarde ambiciones desmedidas.

Mientras el niño fué pequeño, con cuidarlo y mimarle tenía suficiente. Cuando empezó a crecer, pensando en el porvenir de su hijo, el mundo entero se le antojaba efímero a la extremosa madre... Y en estos afanes suyos, tan nobles, tan legítimos, estuvo el principio del fin.

Rafael Illana era un hombre apocado, abúlico, de limitados horizontes. Creía él, y acaso no le faltase razón, que con haber heredado los bienes que constituían su único ornato, tenía realizada su misión en el mundo. Pero Aurea no pensaba lo mismo. Quería ver centuplicados sus caudales para que el hijo disfrutase vida de príncipe y llegase a poseer una fortuna digna de un rey. Constantemente empujaba a su marido hacia el mundo tentador de las especulaciones. ¿Por qué limitarse a vivir de las rentas cuando podía y debía aumentarlas con su esfuerzo?

El gallardo Lorenzo Noguerras, que seguía frecuentando su trato, era el ejemplo constante que esgrímia Aurea en sus admoniciones. Deicábase el tal a «negocios». Concretamente, no se sabía nada más. Bajo esta palabra cabe todo: desde la gestión honorable de asuntos lícitos, hasta la preparación de pleitos tortuosos y quizá de estafas legales. Los «negocios» de Lorenzo Noguerras, fuese cual fuese su catadura, debían de marchar a las mil maravillas, porque su existencia deslizábase en el mejor de los mundos. Sostenía espléndidamente su familia, permitíase alardes ostentosos, daba, en fin, la sensación de un hombre que maneja el dinero a manos llenas. Quién sabe si Aurea, recordando aquellos pensamientos suyos de los que me hizo confidente, lamentase haber rechazado las pretensiones de su antiguo adorador. Por de pronto, más de una vez se lo ponía de ejemplo a su marido.

—¿No ves a Lorenzo Noguerras? Comenzó sin capital y hoy tiene millones. ¿Por qué no te pones al habla con él y procuras que te admita como asociado, o, por lo menos, le pides que te inicie en algún negocio?

No era muy delicado esto, teniendo en cuenta los antecedentes que ya conocemos; pero Aurea—¡Figulina, al fin!—no creyó lo mismo, y a su marido tampoco le parecería mal cuando se avino a la propuesta. Ello es que Rafael Illana se puso al habla con Lorenzo Noguerras; que tuvieron conferencias y conciliábulos, consecuencia de los cuales fué la iniciación del primero en el mundo de los negocios. Yo lo supe, y me dió frío la noticia. Al pronto recordé las palabras de Lorenzo el día de la boda:

—La vida es larga, y poco he de poder si no logro vengarme...

Tentaciones tuve de intervenir, arrojándolo todo, para advertirle el peligro que, a mi modo de ver, existía. Pero ¿cómo hacerlo? Si hubiera seguido tratándole, nada más fácil. Alejado de ellos, era preciso acudir a un intermediario, que acaso no quisiera prestarse, o apelar al repulsivo procedimiento de un anónimo... A conciencia de que procedía mal, nada hice, esperando, tranquilo, los acontecimientos.

Por desgracia, no me engañaron mis presunciones. Noguerras, muy digno y muy noble, había hablado a Illana con absoluta franqueza. Nada de asociarse. El español es individualista por temperamento, y las Sociedades suelen dar malos resultados. Era mejor otra cosa. Noguerras proponía a Illana diversos negocios que él considerase viables; Rafael los estudiaría, aceptándolos o rechazándolos, según su gusto y criterio.

Así se hizo. Después de varios tanteos, llegó el negocio estupendo, insuperable, redondo. Tratábase de hipotecar una

dehesa en Extremadura, cuyo dueño, un manirroto, estaba dilapidando su fortuna para divertirse. Pedía quinientas mil pesetas. La finca, en opinión de Noguerras, valía infinitamente más.

—Lo de menos aquí es el negocio hipotecario, aunque un 8 por 100, con sólida garantía, no es de despreciar. Lo importante es que en esos terrenos hay un yacimiento petrolífero que vale una millonada. Probablemente el propietario lo ignora, y yo me guardaré muy mucho de decirselo, para evitar que aumente sus pretensiones. Lo que a usted le convenía, amigo Illana, era comprar la dehesa y explotar ese yacimiento, o venderlo más tarde con ganancia enorme. Si me cogiese a mí con dinero, se lo digo a usted con franqueza, nadie más que yo se llevaría esa bicoca.

Illana lo consultó con algunos amigos, que le animaron. La opinión de Aurea fué francamente favorable.

—Hazlo. Tengo una corazonada. Creo que vamos a hacer un gran negocio.

Se tanteó el precio de compra. Noguerras hizo esfuerzos increíbles para lograr que el propietario se pusiera en razón.

—Yo no sé si sabrá algo del petróleo, porque no quiere vender ni a tiros.

Por último, aprovechando una oportuna escasez de dinero, capituló. Noguerras se lo dijo, radiante:

—Estoy haciendo por usted lo que no haría por un hermano, amigo Illana. ¡La diplomacia que he derrochado para convencer a nuestro hombre! Por fin, hemos vencido. Se conforma con setecientas mil pesetas. Una verdadera ganga.

Illana le abrazó en albricias.

—Ya me dará usted las gracias andando el tiempo. El día que venda usted el pozo petrolífero en cuatro o cinco millones de pesetas...

Pero cuando se incautó de la dehesa y llevó peritos para que dictaminasen acerca de tal maravilla, pudo convenirse de que había sido víctima de una estafa. Los yacimientos petrolíferos no existían por ninguna parte. El terreno, pedregoso, incapaz de todo cultivo, no podía ser roturado ni servía mas que para pastos. Los más optimistas asignaron a la dehesa un valor que no pasaba de diez a doce mil duros. Y no cabía inculpar de ello a nadie mas que al comprador, cándidamente codicioso. Quiso apostrofar a Noguerras; pero éste, muy digno, supo escudarse.

—Yo me limité a proponerle a usted el negocio. Usted debió adquirir informes serios. Así me dijo haberlo hecho. Tengo cartas de usted suplicándome que no deje escapar la dehesa. Si el negocio ha resultado malo, no es mía la culpa.

La posición de Illana sufrió un descenso considerable a consecuencia de aquel mal paso. Había invertido en comprar la finca todo lo que poseía en valores, y sólo le quedaban tres casas en Madrid, cuya renta, equivalente a la que acababa de perder, no era bastante para sostenerle en el pie de gastos en que vivía. Tuvo que reducirse. El automóvil quedó suprimido, y se mudaron de casa, abandonando, por otro más modesto, el lujoso piso que los albergó hasta entonces.

Rafael Illana comenzó a vivir obsesionado por la idea del desquite. Como los jugadores perdidosos, fraguó combinaciones, hizo números, dejóse arrastrar por el imperio de la cábala. La guerra europea estaba en todo su auge y el carbón escaseaba de alarmante manera. Alguien habló a Illana de adquirir unas minas de hulla que se vendían en buenas condiciones. La perspectiva del negocio le cegó. Podía duplicarse el capital en menos de un año. ¿Anduvo en el negocio Noguerras? A mi juicio, sí; pero esta vez no dió la cara. Mis suspicacias

no han tenido confirmación; pero sigo creyendo que la mano vengativa del arrogante maniquí movió el tinglado detrás de la cortina. Aurea fué consultada, y participó del entusiasmo de su marido. Allí estaba el modo de resarcirse ampliamente del fracaso anterior. Con la rapidez que las circunstancias requerían, vendieron las casas de Madrid y compraron las minas que encerraban el anhelado vellocino.

Hubo unos meses de positivo éxito. Los jornales se pagaban caros, el acarreo costaba un caudal, los gastos de entretenimiento eran enormes; pero el carbón se vendía a precios fantásticos, y había para todos. Surgió una huelga. Las dos mejores galerías se hundieron por una explosión de grisú o acaso por actos de sabotaje. Faltó dinero para emprender las obras necesarias. Hubo que acudir al crédito en condiciones desventajosas... Y en esto, las circunstancias cambian, comienza a recibirse de nuevo el carbón de Cardiff, y la hulla nacional, falta de calorías, insuficiente para las exigencias de la industria, sufre depreciación enorme. Mejor dicho, queda reducida a cero, en la imposibilidad de sostener una explotación totalmente onerosa. Rafael Illana quedó arruinado. La lucha por la vida le amedrentó de tal manera, que no supo sobreponerse a su desdicha. Sin atreverse a decirle a Aurea la magnitud de la hecatombe, se pegó un tiro sobre su mesa de despacho.



—¡Buena ocasión para enmendar la plana al Destino!—exclamó Jorge Viñals—. Ella, viuda; tú, soltero; nada más lógico que casarte con Aurea..., si es que te seguía gustando y continuabas queriéndola.

—Una y otra cosa eran verdad. La quería como siempre y me gustaba más que nunca, porque a sus encantos había que añadir el incentivo de lo imposible que la rodeó hasta entonces. Procuré recuperar su trato, y pude conseguirlo a poca costa. No sólo esto, sino que ella, convencida de mis sentimientos, me erigió en su agente de negocios, encomendándome la impropia tarea de desenmarañar sus asuntos. Puse en lograrlo, te lo juro, más interés que si de cosa propia se tratara. Gracias a ello conseguí rescatar las migajas de aquel caudal disuelto por la ambición y la desdicha. Poco más de diez mil duros pude reunir, contantes y sonantes. ¡Diez mil duros como toda fortuna, para quien soñó tenerlos de renta mensual! La forzosa intimidad que creó entre nosotros el arreglo de estos asuntos ofrecióme ocasión para insinuar mis pretensiones. Ya había transcurrido más de un año de la muerte de Illana y no era indiscreción hacer sondeos en tal sentido. Pero Aurea, no bien inicié el tema, supo atajarme.

—No prosigas—me dijo—. Sé adónde vas a parar, y, agradeciéndote en el alma el deseo con que me honras, no puedo aceptarlo. ¡Ahí es nada, pretender a una mujer vieja, pobre y con un hijo!... Ya tiene mérito, y yo lo reconozco. Empieza por decirte que, en principio, me parece admirable idea, y yo sería dichoso pudiendo llamarle tu mujer. Los años enseñan mucho, y hoy comprendo que trunqué mi porvenir no uniéndome contigo. Pero el mal ya está hecho, y es irremediable. Si no tuviese a mi hijo, desde luego me casaba contigo, encantado y agradecido. Por él, sólo por él, me niego a hacerlo.

—Pero ¿por qué?—inquirí—. Más bien pensando en él debieras hacerlo. Yo seré un padre cariñoso; a mi lado, el porvenir le sonreirá, porque así he de procurarlo, te lo juro.

—Y yo estoy convencida de que es cierto lo que dices. ¡Oh! Leo en tus ojos como en libro y sé cuánto hay en ti de bondad y nobleza. Pero óyeme y verás cómo acabas dándome la razón. Mi Rafael va a cumplir diez y ocho años. Entrará en quintas dentro de poco. Yo no quiero que vaya a regar con su sangre los pedregales africanos. Puedo librarle como hijo de viuda, y no quiero renunciar a esta ventaja de que, desgraciadamente, disfruto.

—Pero, aun siendo así, ¿con qué elementos cuentas para sostenerte? Tu capital no permite vivir de la renta.

—También eso lo tengo previsto. Gastaré del capital hasta que él termine la carrera. Estiraré el dinero de una ma-

los sacrificios que costaba a su madre.

Condolido de su situación y deseando mejorarla en algo, le remití un billete de mil pesetas bajo sobre escrito a máquina, sin la más leve indicación que permitiese inducir la procedencia. No tardó en devolvérmelo con una carta afectuosa. «Sólo de ti puede venir este dinero. Estoy convencida, y no extrañarás que lo rechace. Ni sería delicado aceptarlo, ni me es preciso, te lo aseguro. Te ruego no insistas ni repitas el envío más adelante. En cambio, te daré una prueba de confianza. Si llega el caso de necesitar de alguien, sea en el sentido que sea, sólo acudiré a ti.»

Por desgracia, el caso llegó... Un día recibí este aviso angustioso: «Ven a verme cuanto antes.» La encontré tumbada en una meridiana, con cérea palidez y aspecto alarmantísimo. Me hizo sentar a su lado, y con voz entrecortada por la fatiga, murmuró:



nera increíble: ¡he aprendido a nacerlo! Me ayudará, además, con trabajillos compatibles con el decoro. Cuando mi hijo sea ingeniero, viviré de lo que él gane. Y si, antes de eso, cuando esté libre de quintas hay aún quien me quiera, ya no habrá obstáculo para corresponderle. ¿Qué dices a esto?—añadió, sonriente.

—Que me parece muy bien!—exclamé, estrechando y besando sus manos con el ímpetu de la primera juventud.

Como tenía que transcurrir bastante tiempo, convinimos que la visitase lo menos posible, para evitar habladurías. Desde lejos, no obstante, yo la observaba, siguiendo su admirable conducta. Llegaba a los más increíbles extremos para economizar una peseta. No tenía criada, y además de atender a todos los trabajos del humilde hogar, cosía, bordaba, hacía copias a máquina, multiplicándose con actividad inverosímil. Sus ojos, que hubieran envidiado las huiries, enrojecían después de largas horas de labor infatigable. Sus manos, creadas para ser ungidas de amor, desfigurábanse con las picaduras de la aguja. Eso sí, Rafaelito proseguía sus estudios y nunca faltaba lo necesario para que él estudiase y vistiera como un joven rico. Siendo bueno, tenía el egoísmo propio de los pocos años y no se daba cuenta de

—Anoche tuve tres vómitos de sangre.

—¿Cómo es posible!

—Llevaba una temporada medianamente. No me he cuidado lo que debía. Trabajaba mucho, comía mal, mi naturaleza no es, sin duda, todo lo fuerte que yo creí... Estoy herida de muerte.

—Seguramente exageras. Habrá que avisar a un médico...

—Ya lo he hecho. Por eso estoy convencida de la triste realidad. Vino a verme esta mañana. Mi hijo, a quien no he dicho nada por no alarmarle, había salido, según costumbre. Como estaba sola, el doctor tuvo que decirme la verdad. En su opinión, no tengo un mes de vida.

—¡Por Dios!

—Eso dice el médico, y creo que tiene razón, porque me encuentro agotada, moribunda. Pero yo digo que no me puedo morir en tres años, y tengo que vivirlos; después, que ocurra lo que Dios quiera.

Había en su voz, aunque tenue, un acento de energía tal, que daba sensación de algo indiscutible. Rafaelito acababa de entrar en quintas. Aunque él no mantenía a su madre, como ésta carecía de bienes de fortuna—las migajas del capital estaban en dinero, que ella gastaba gota a gota—, era fácil mantener la ficción legal, a la que yo contribuí con mi firma. Pero aún faltaban tres años,

interminables, eternos, que necesitaba vivir la infeliz desahuciada para que la exención fuese válida y eximiera del servicio de las armas al recluta. ¡Pobre Figulina! ¡Con qué ansia me dijo que había llegado el instante de ponerme a prueba!

—Mira, Mauricio, ahora soy yo quien te pide protección. Necesito curarme o, por lo menos, prolongar mi vida estos tres años. Tengo voluntad para conseguirlo, pero me faltan elementos, tú lo sabes. Médicos, medicinas, sobrealimentación, servidumbre, todo esto es costoso. Proporcionámelo tú, y yo, en cambio, te daré mi gratitud eterna, porque ya no hay que pensar en otra cosa...

Excuso decirte que puse a su disposición mi persona y mis medios. Los mejores especialistas la reconocieron, y todos me aseguraron que estaba en trance de morir, sin la menor esperanza. ¡Y, sin embargo, ha vivido! Porque los tres años transcurrieron ya, y Rafael, libre del servicio militar activo, ha entrado en la reserva. ¿Cómo ha podido ser esto? Sépalo Dios, porque los médicos lo ignoran. Un esfuerzo de voluntad increíble, que se sobrepone a todo; un deseo inquebrantable de vivir, aunque se carezca de pulmones. Sólo una madre es capaz de hacer esto, contra todas las leyes de la Naturaleza. ¡Con qué ansiedad veía transcurrir los días, las semanas, los meses! «¡Ya va un año!» «¡Ya van dos años!» «¡Ya falta poco!» Los médicos, asombrados, hartos de buscar explicación a lo inexplicable, han acabado por encogerse de hombros. «Había que creer en los milagros»—me dijo uno de ellos ayer mismo.

—¿Y sigue bien?—preguntó Jorge.

—Perfectamente. Esta mañana estuve a verla, y me sorprendió encontrarla de buen color, recordando sus tiempos mejores. Como ya no se cuida tanto, estaba de pie y se había puesto un vestido nuevo para recibirme. «¿Qué te parece tu novia?»—me dijo al verme entrar, palmoteando jubilosa.

—¿Pero es que sigues pensando casarte con ella?

—¡Hombre!... La verdad, no. Ha transcurrido demasiado tiempo y no me siento con ánimos para dedicar mi vida al cuidado de una enferma. Por bien que esté, comprenderás que su salud tiene que ser endeble. Además, el afecto fraternal que nos uno parece estar reñido con el matrimonio. Ella y yo consideramos preferible seguir tratándonos como hermanos. Mañana voy a comer con ella y con su hijo.

—Oye, ¿y si yo me convidara?

—Me parece muy bien. Seguramente se alegrará, pues muchas veces te hemos recordado con afecto.



Fué a buscarme Jorge al día siguiente, y juntos nos encaminamos a casa de Aurea. Llevaba mi amigo un espléndido ramo de flores para adornar la mesa. Por desdicha, hubo que darlas otro destino muy diferente. Aurea había muerto aquella noche, y sirvieron para honrar su cadáver. Transido de pena la vi sobre el lecho. Parecía dormida, y estaba sonriente, como si se encontrara satisfecha y feliz por ver realizada la sublime empresa que su amor maternal le había impuesto.

Augusto MARTINEZ OLMEDILLA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

La canción de las Horas, por Emilio Carrere.—La musa bohemia de nuestro gran poeta, sentimental y romántica, pálida enamorada de la luna y de los misterios de la noche, toda ternura y amor, bella como un capullo de rosa, también cuando no acierta a encubrir con sus harapos el espanto de sus lacerias, tiene para nuestro corazón un dulce y perenne perfume. Los versos de Carrere, tan bellos siempre, por su poder de evocación, no pasarán nunca. Es música de juventud, de amor y de desengaño, eterna como la misma vida.

El madrigal infinito (Novela de un soltero), por R. Cansinos-Asséns.—El ilustre autor de «El candelabro de los siete brazos» alcanza en esta última novela las más altas cumbres de su maravilloso estilo. *El madrigal infinito* es como una noche lírica llena de estrofas de amor, de un amor múltiple y eterno, muriente siempre y siempre renovándose, como una llama que amenaza con extinguirse a cada soplo y que no llega a consumirse nunca; amor que es deseo insaciable, hijo de una nostalgia infinita, tan pron-

to ilusión como desencanto, pero siempre latente y vivo, como un fénix divino, como una inextinguible fontana de luz. En *El madrigal infinito*, sobre páginas de un realismo descarnado y horrible, Cansinos-Asséns, dotando al corazón de poderosas alas líricas, lo eleva a las más puras regiones del azul en un vuelo magnífico.

La mujer que necesita amar, por Alberto Insúa.—El autor de *El negro que tenía el alma blanca* posee el secreto del éxito: cada obra suya es un triunfo definitivo. Y no únicamente de librería, sino, en primer término, literario. Literariamente, Alberto Insúa, que es uno de nuestros primeros cronistas, como novelista revela un progreso constante: su obra se aquilata y perfecciona de libro en libro. Las novelas de Alberto Insúa, traducidas a los principales idiomas europeos, empiezan a ser del dominio universal. *La mujer que necesita amar*, su última producción, de la cual se anuncia una segunda y última parte, es, sin duda, por la novedad del caso que estudia, y por su mucho interés, que llega en ocasiones a convertirla en fuerte emoción, una de las mejores novelas de Alberto Insúa.

COMERCIANTE PRACTICO

Nunca creímos que en el importante negocio de curtidos pudiera llegarse a la altura en que nuestro particular amigo don Cecilio Gómez Rodríguez se ha colocado.

Instalados en Fuencarral, 57 los almacenes, tuvimos ocasión de recorrer distintas dependencias, en las cuales no vimos espacio vacío, pues a diario recibe grandes cantidades de fardos de curtidos, que por montacargas eléctrico pasan a los sótanos. En los escaparates y estantes, igual acumulación observamos: maletas de todas las clases y tamaños, neceseres de viaje, carteras y accesorios en general.

Principalmente el público encuentra grandes ventajas en estos artículos, con especialidad en las maletas, carteras y petacas fabricación de Ubrique, porque la Casa facilita las pieles a los constructores, resultando de una gran calidad y ventajoso precio.

—¿...?

—La venta, como ven, es directa al comprador, y la acumulación de género que a ustedes les llama la atención me permite un gran número de operaciones

con una pequeña ganancia, en lo que el público se beneficia; al mismo tiempo, mis viajantes y corredores en plaza me aseguran la exportación, de aumento diario. Como ustedes comprenderán, operando de esta manera es inútil toda competencia.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Se ha puesto a la venta

LA PATA DE LA RAPOSA

novela de

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

He aquí una de las producciones más admirables del ilustre maestro, donde la galanura del estilo y la profundidad de pensamiento se manifiestan en ideal consorcio.

5 pesetas, en todas las librerías.

Al por mayor: Librería y Editorial RIVADENEYRA

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ

ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

Tapicería y Muebles de lujo

Manuel López

Serranq17 Ayala, 60

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)